

Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales

José T. Cuellar

Querido Jacundo:
Envío a' U. ese esca-
dito de oro por sus
artículos morales úl-
timamente publicados.
Yo sabido es el me-
yo género que U. culti-
va no solo un bello
dominio del arte
aquí apenas pisa-
do, sino la reve-
lacion de un diag-
nóstico oportuno y
de un preservativo
eficaz.

Un moralista así,
estaba haciendo fal-
ta y U. ha' venido,
muy a' tiempo.

La ática sonrisa

de Larra, la mira-
da profunda de
Adison, el estilo me-
surado, elegante, la
ironía ligera, la in-
tencion honrada, el
ánimo resonit; na-
da falta a' U. pa-
ra caracterizar la
crisis que se há
impreso en la pen-
sa. Siga U. Los que
quieran el bien de
la Patria no pue-
den menos de a-
plaudirlo y yo soy
el primero.

Su amigo.

Narciso M. Abamirans

Fueron los mejores tiempos en mucho tiempo. Porfirio Díaz aún no cumplía diez años en el poder, pero el año de 1882 prometía progresos impensables en un país que no conocía otro futuro que la asonada, el cuartelazo y el pronunciamiento como feroz divisa en el horizonte. El año que abría entonces sus sorpresas —1882— fijó en el calendario apacible de la sociedad mexicana la escandalosa muerte del rico hacendado Hube por los rumbos de Tacubaya, el temblor que cimbró a la ciudad y que Gutiérrez Nájera contó en una crónica irrepetible. Pero algo más, aquel calendario trajo también la mejor época del periódico porfirista *La Libertad* (1874-1894) que fundaron ocho años atrás un grupo de escritores positivistas, porfirianos convencidos de que Don Porfirio era el Bueno, el Único, el Esperado.

Un poco de todo eso que combinaba el placer del paladar, la exclusividad, el optimismo y la esperanza estaban hechas las páginas de *La Libertad* cuando el diario tocó a las puertas de los ochentas del diecinueve. El director del periódico era entonces Telésforo García. Y la gran noticia fueron los escritores que escribían y componían diariamente el diario: Altamirano, Cuéllar, Bulnes, José Manuel Betancourt, Cosmes, José María Gamboa, Hammecken y Mexía, Aurelio Horta, Francisco Osorno, Porfirio Parra y Justo Sierra. Por supuesto, el periódico presentaba, también, a un joven escritor agilísimo de 20 años, Manuel Gutiérrez Nájera. La edición diaria era entonces un paquete de buena prosa. El Duque Job, como también firmaba Gutiérrez Nájera, escribía tres o cuatro veces a la semana; le seguía José T. Cuéllar con una excelente columna, "Artículos Ligeros Sobre Asuntos Trascendentales"; Francisco Sosa publicaba sus "Biografías de Hombres Distinguidos"; Justo Sierra escribía sobre educación y redactaba con pulcritud los editoriales; Altamirano publicaba textos históricos o comentarios políticos y literarios; hasta las gacetillas, a cargo de Aurelio Horta o Porfirio Parra, eran una muestra de imaginación, humor y buen español. A partir de 1882, *La Libertad* era un verdadero álbum de vida cotidiana y guía de diversiones que traía la brillantez de las novedades y el entusiasmo de las inauguraciones. Eran, en efecto, los escritores

porfirianos, portadores de la esperanza que nacía de un matrimonio feliz y explosivo, el positivismo y el escándalo de la palabra que fue el modernismo.

Uno de los prosistas más consistentes del proyecto cultural que fue la prensa porfirista era José Tomás de Cuéllar (1830-1894). Facundo, como firmaba sus artículos y sus novelas tenía cincuenta y dos años en 1882, el raro honor que acompañaba a los fundadores y el dominio de un género: el relato de costumbres. A los treinta y ocho concibió, antes que el mismo Ignacio Manuel Altamirano, la idea de una publicación que reuniera a todos los escritores, conservadores o liberales. Pero el asunto es que a principios del año de 1868, empacó sus pertenencias y se fue a San Luis Potosí con su mujer; bajo el aire tranquilo de la provincia vivió de lo que escribía y puso en marcha una máquina cultural, *La ilustración Potosina*. Es decir, no salió en la fotografía de quienes fundaron *El Renacimiento*, pero quedó como animador y precursor de la revista que cambió el rumbo de las letras mexicanas.

En el tramo que va de los años sesentas a los ochentas y a las oficinas de *La Libertad*, Cuéllar afinó un solo proyecto: la novela de costumbres. En 1869 había publicado una novela, *El pecado del siglo*, pero siguió escribiendo lo que años más tarde serían los 24 volúmenes de *La linterna mágica* (1889-1892). Dentro de esa furia narrativa figuran *Ensalada de pollos*, *Historia de Chucho el Ninfa*, *Baile y cochino*, *Los mariditos*, *Las jamonas*, *Las gentes que son así*, *Los fuereños*, *Gabriel el cerrajero o las hijas de mi papá*.

Como todos los prosistas del diecinueve, Facundo soltó en periódicos y revistas una cantidad innumerable de crónicas y viñetas. A este género misceláneo pertenecen los "Artículos Ligeros" que publicó en *La Libertad* desde 1882. Mucho más accesibles que sus novelas, los cuadros de vida cotidiana y asuntos del momento que fueron esa columna de aquel diario desvelan al escritor, al humorista, al observador y al moralista contenido en esa escuela insuperable del siglo pasado que fue el artículo breve, el cuadro de costumbres o la simple y llana prosa suelta.

Rafael Pérez Gay

Los Faroles

No es nuestro ánimo tratar aquí de los hombres vacíos a quienes el mundo llama faroles, ni de autoridades caricaturescas a quienes suele llamárseles farolones, ni tampoco de aquellos a quienes por vanos, pretenciosos y farsantes se les dice faroleros. Lejos de nosotros tan mezquinas personalidades. Vamos a ocuparnos simplemente de la importancia social del farol; mueble cuya principal calidad es estar vacío, y que a nosotros se nos antoja que está lleno de muchas cosas importantes, curiosas y buenas de contarse, por ser un tanto cuanto trascendentales.

Los mexicanos de la presente y de las pasadas generaciones, a contar de algún tiempo después de la conquista, hemos nacido viendo faroles; sólo que, desde el tiempo de los virreyes hasta la independencia y poco después, los faroles tenían para nosotros casi exclusivamente esta significación: la iglesia. El culto católico fue, mientras pudo, introductor, mantenedor y consumidor de los faroles.

Los faroleros (hablamos, se entiende, de los constructores de faroles, y no de las personas de quienes desde un principio dijimos que no queríamos hablar) los faroleros, pues, han debido ser dos veces afectos al culto; porque este culto con faroles, era además de su religión, su subsistencia.

Ya se recordará que esta dichosa capital, con sus doscientas iglesias, sus doscientas fiestas titu-

lares, sus doscientos novenarios y octavarios, en todo lo que, lo primero indispensable eran los faroles, debió llegar a acopiarlos en cantidades fabulosas.

Razón sobrada para no concebir nada sin farol: desde la ronda de capa, hasta el transeunte nocturno perdido en las lobregeces de la ciudad y alumbrándose por su cuenta y riesgo, antes de Revillagigedo, inventor de los primeros faroles municipales; desde la archicofradía cuya piedad se medía por el número y calidad de los faroles, hasta la administración del sagrado viático, en la que los faroles decían también la categoría, piedad y posición social del sacramentado. Desde la novena que no empezaba sin encender los faroles, hasta la procesión que no salía si los faroles no estaban listos.

Este amor a los faroles honra sobremanera a nuestros antepasados; porque en todos casos querían ver claro, y tenían una manera bien sencilla de propagar las luces, y sobre todo, de que las luces no se apagaran; cosa muy importante cuando una luz se enciende.

La piedad religiosa tenía sus manifestaciones luminosas: todas sus luces eran capítulo de pingüe aprovechamiento: desde la venta de velas, que eran las luces principales, hasta esos escándalos de barrio que se llaman todavía *las luces*. Razón no les faltaba: la luz es símbolo de nuestra vida. El clero nos alumbró al nacer, nos alumbró al bautizarnos, al confirmarnos y al casarnos y hasta obliga al padrino a alumbrar también;

El título completo de la colección es tan largo como *La linterna mágica. Colección de novelas de costumbres mexicanas, artículos y poesías de Facundo*. Se imprimió en Santander, España, al finalizar el siglo pasado, y cuatro de sus veintitantos volúmenes recogieron los *Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales* de José T. Cuéllar. La primera de estas recopilaciones, que es la que aquí publicamos, apareció con un prólogo manuscrito de Ignacio Manuel Altamirano, y son los artículos que escribió Cuéllar para *La Libertad* durante 1882.

nos alumbraba al comulgar y al morirnos. Ciertamente es que nosotros pagamos las velas; pero es lo de menos; la luz y la significación moral de la luz es lo que importa; es nada menos que la representación de la luz del Evangelio y de la oración; y es tan buena que sirve hasta para la tempestad. Desde la más remota antigüedad, y hasta entre gentiles, la luz ha tenido como luz y como fuego tan elocuentes significaciones, que vamos saliendo con la nuestra de creer que los faroles están llenos de muchas cosas buenas de contarse.

En cuanto a la variedad de formas, no hemos ido tan lejos como los chinos, ni mucho menos; e invariablemente los faroles de los tiempos a que aludimos eran de vidrio, generalmente de cuatro vidrios; solía haberlos octógonos, y otros que figuraban como notabilidades eran en forma de estrella adornados con prismas de cristal, llamados mamaderas desde que alguno las mamó, y con unos penachos de hilos de vidrio que nunca adornaron otro objeto sino los faroles eclesiásticos; había algunos faroles de pellejo y muy pocos de papel.

Hasta aquí los faroles de tres siglos, casi exclusivamente de vidrio y casi exclusivamente destinados al culto religioso.

* * *

Pasaron los tiempos, vino la reforma, cayeron las iglesias, Morales Puente y Limantour gastaron todo lo que tenían en comprar las casas del clero, y se acabaron los faroles; se volvieron incandescentes, inútiles, caducaron, en fin; porque una generación joven, risueña, alegre, importada, venía diciendo ¡atrás! a los faroles del retroceso; era la generación de los farolitos de papel, en forma esférica o cilíndrica, o en forma de flor; generación barata, que se quema pronto, que alumbraba poco, y renace como el fénix, de sus cenizas; generación prolífica y exuberante, con humos venecianos y pretensiones elegantes; la generación, en fin, que nos conviene. Ha cambiado la forma y el objeto, pero por lo demás, seguimos siendo tan amantes de los faroles como nuestros bisabuelos.

Estamos, pues, en pleno reinado de los farolitos de papel. Nada de antiguallas; globitos, mu-

chos globitos en todo y para todo.

Nacen las nuevas generaciones en bosques de farolitos de papel, colgados ni para novenarios ni octavarios, no para sacramentos ni procesiones, sino para dos cosas buenas de una importancia trascendentalísima. La instrucción pública y el patriotismo. Táchense de frívolos estos dos objetos sagrados, estos dos temas tan arraigados en nuestras convicciones, estas dos quisicosas tan necesarias para la vida de los pueblos modernos. Claro es que nadie se atreverá a calificar de insubstanciales semejantes asuntos. Téngase en seguida presente nuestro amor a los faroles, amor hereditario y de noble origen, y se verá que si fue farolero el padre, farolero debe ser el hijo, y que esta propensión luminosa está en la masa de nuestra sangre. Sentados estos principios, nos ocuparemos en seguida de los faroles a propósito de la instrucción pública, que en cuanto al patriotismo ya tendremos ocasión de hablar más adelante.

¿Qué director de colegio privado de esos liceos anglo-franco-germano-hispano-mexicanos, o polimáticos-politécnicos y preparatorios que hay tantos y tan buenos por esas calles de Dios, puede pasársela sin su música, su escandalito y sus faroles? ¿Cómo pudieran arreglarse unos premios a los alumnos de las escuelas municipales si el ayuntamiento no apronta de preferencia siquiera mil pesos para faroles? La cosa estaría de echar a correr y sobre todo ya sabemos que sin empedrados, sin alumbrado y sin desagüe y otras frioleras de esa clase, nos la podemos pasar; pero sin faroles, es imposible de toda imposibilidad. Por otra parte, tenemos que, para que la instrucción pública camine, es preciso hacer mucha bulla, y que esos espectáculos sean lo que deben ser, quiere decir, *una función de mucha visualidad*, como decía un empresario de teatro, artista nacional, amigo nuestro. Y esto es tan sabido ya y tan de estampilla, que no hay en el día quien ignore la manera de arreglar una función de premios buena, de primera clase se entiende. Para que salga a pedir de boca ya los maestros, o mejor dicho los señores directores que son tan metódicos y tan previsivos, tienen arregladas las cosas de manera que dividen los ingredientes de que debe componerse una buena

función de premios en dos clases: 1o. ingredientes que cuestan, 2o. ingredientes gratuitos.

Entre los primeros está en primer lugar la música, porque los músicos no tocan de balde, y sobre todo, porque este es el renglón del ruido, que es de lo que se trata. Siguen los faroles cuya importancia tenemos los maestros y nosotros tan bien acreditada, y siguen por fin la impresión de los programas y diplomas, la compra de listones y libritos baratos, alquileres, etc.

Viene después la lista de las cosas que no cuestan, pero que son indispensables; como por ejemplo, el público: y todo el mundo sabe que para tener un buen público, es necesario que el público no pague; y que no llueva. En segundo lugar unos cuantos poetas. Esos son tan necesarios como los faroles; en cuanto a utilidad de circunstancias están en la misma categoría que los faroles; pero son más baratos, todos hablan de balde y se entusiasman indefectiblemente; no es necesario encenderlos, porque se encienden solos, tampoco hay necesidad de colgarlos porque se pueden estar parados, ni hay necesidad de mandarlos con un cargador porque se van por su pie cuando se acaban los premios, y despejan el campo sin ningún esfuerzo; además, aunque se encienden y alumbran y adornan, no se queman como los faroles de papel, y aunque se mojen no les sucede nada y vuelven a servir al año siguiente. Los maestros de escuela están contentísimos con este elemento de los premios por su utilidad y por su baratura.

Como se trata de premios de primera clase, es preciso contar con este otro gran ingrediente. El presidente de la República, que ni quien piense en retribuirlo; eso sería una barbaridad. El primer magistrado, sea quien fuere, concurre porque se trata de la instrucción, y va por dar brillo, por cooperar con su presencia, por estimular los adelantos, etc.; y en resumidas cuentas da el último toque a la visualidad y a la majestad del espectáculo.

He aquí una función de premios buena, bien arreglada y perfectamente nacional. Es cierto que en otras partes del mundo no las hay ni siquiera parecidas, pero eso consiste en que en los colegios europeos es todo tan serio y tan árido; allí no se trata más que de la instrucción a secas,

y esos actos tienen un carácter puramente literario. ¡Vaya V. a entusiasmarse con eso! ¡Qué tristeza! ¡Qué soledad! Nuestra concurrencia se fastidiaría soberanamente, y nuestras pollas, ¿irían a un espectáculo tan monótono, sin un miserable violín, sin un poeta y sin un farol? Eso está bien para los ingleses que son tan serios y tan positivistas; pero no para nosotros que somos una nación joven, y por lo tanto alegre, risueña y afecta a la bullanga. No se nos puede exigir que tengamos la tirantez inglesa, ni esa formalidad, ni esa manera de hacer las cosas de las razas frías; nuestra raza es caliente y vivaracha, y todas nuestras cosas deben estar en armonía con nuestro carácter.

Sobre todo, ¿de qué se trata? De una cosa bien sencilla: de que se vea que tenemos instrucción pública; de que se vea que nos entusiasmos con la instrucción pública. Pues para que se vea esto, y especialmente de noche, es necesario encender muchos faroles y hacer mucho ruido.

Vamos si no a suponer por un momento que hacemos las cosas de una manera formal, sobria y desabrida, como se hace en otras partes, y veremos todos los inconvenientes que esto tiene.

En primer lugar, es notorio que en cada clase de las de una escuela muy buena hay, cuando más, un alumno digno, en conciencia, de un primer premio. Aconséjese V. de la justicia a secas, y ¡adiós premios! ¡Ni a quien dárselos! En segundo lugar, se disgustarían ochenta padres de familia, que tienen ochenta hijos muy hábiles y de mucho talento —porque todos los padres de familia tienen hijos así—, y retirarían a sus hijos en busca de otro colegio donde premiaran el talento. En tercer lugar, suprima usted la música, los poetas y los faroles, y los premios quedarían escupibles; la concurrencia lo sabría con anticipación y se iba al Zócalo o a los títeres. He aquí por qué razones poderosas no se puede prescindir en nuestro sistema de instrucción pública, ni de los faroles, ni de los faroleros, que son los que los hacen.

Si lo pensamos bien, tomando la cosa por lo serio, tendremos necesariamente que sentar este principio: El niño aprendiendo a leer, no es más que el hombre cumpliendo con el primero y más sagrado de sus deberes, respecto de sí mis-

mo, respecto a sus semejantes y respecto a Dios; deber que, por parte del niño, no tiene ni siquiera el mérito de la espontaneidad, supuesto que es compelido por el padre, así como no tiene el mérito de su existencia, supuesto que fue compelido a vivir por los cuidados maternos. Una vez aprendiendo a leer, el beneficio está hecho, el mérito, el gasto y el sacrificio son del benefactor y no del beneficiado. El niño ni ha hecho una gracia, ni ha favorecido a nadie; por el contrario, ha recibido un bien, y está obligado en buena ley de conciencia a agradecerlo y a remunerarlo. Su criterio, pues, debe ser el siguiente: "Gracias a mi madre, que me ayudó a salir a la vida, nutriéndome con la leche de sus pechos. Gracias a mis padres, a mis superiores y al gobierno de mi país, que a costa de cuidados y sacrificios me han obligado a salir a la vida espiritual, nutriendo mi inteligencia con la leche de la instrucción para hacerme útil a mí mismo, útil a mis hermanos y digno de las prerrogativas del ser pensador. Gracias a Dios por tantos beneficios, porque todos emanan de su amor y de su omnipotencia".

¿Y es éste, preguntamos nosotros, el criterio que se forma al niño con los premios, los poetas y los faroles? Ciertamente no.

El niño va a la escuela mal de su grado; y a pesar de su negligencia, de su pereza, de su repugnancia y de sus hábitos vagabundos, al fin del año lo sorprende el estrépito de una gran fiesta; se le coloca en el foro de un teatro; se le rodea de flores, de trofeos y de banderas; atruenan los aires, las bandas militares; se entusiasman y lloran de ternura los poetas; cantan las notabilidades; concurre todo México; se encienden muchos faroles; y viene el Presidente de la República, y los Ministros, y los Generales, y los Sabios, al son del Himno Nacional, a poner un libro y un diploma en manos del niño, desaplicado y perezoso por lo general, o aprovechado si se quiere, pero la ovación es tal, aquello es tan grandioso y tan deslumbrante, que el niño experimenta una fruición de orgullo de que jamás se olvida, y saborea voluptuosamente el triunfo facilísimo de sus escasos o casi nulos esfuerzos para instruirse. La música, los poetas, los faroles y el Presidente, acaban de matar en su alma el

germen de la modestia, acaban de torcer el criterio del educando, quien en lugar de amar el bien por el bien, el deber por el beneficio personal, al benefactor por gratitud, y la instrucción porque lo ennoblece, se ha henchido de fatuidad y de petulancia; defectos que aumentarán en proporción de sus estudios secundarios; y cuando en los tumbos de una revolución el educando caiga en una curul o se convierta en una autoridad improvisada, pertenecerá, según todas las probabilidades, al círculo de los ignorantes pretenciosos, tan funesto para el adelanto positivo de las sociedades.

El hombre más sabio conoce en el ocaso de su vida, cuán poco es lo que se sabe de la ciencia humana, mientras el ignorante cree saberlo todo. Qué mucho que así sea entre nosotros cuando al que se obliga a dar el primer paso en la difícil y dilatada senda del saber, lejos de hacerle comprender cuán poco ha hecho, se le festeja con los honores del apoteosis, se cantan himnos, pulsan la lira los poetas, se encienden los faroles, y baja una vez de su solio el Presidente de la República a coronar esos ángeles semiaprovechados y vanidosos.

Inculquemos en los niños la virtud de la modestia que realza tanto el mérito. Seamos sobrios en fiestas y alborotos para que los niños comprendan que el instruirse no es una gracia, sino una ventaja que refluye en su bien personal; que el que ha aprendido sus lecciones no ha hecho más que cumplir con su deber, y la conciencia de este cumplimiento es y será siempre la más noble recompensa, el mejor premio. Impulsemos la instrucción pública de una manera filosófica y acertada, pero sin faroles.

Nuestras cosas

Señor Don José María Flores Verdad, bibliotecario, etc.

San Luis Potosí

Querido Pepe:

Mientras no bajen el porte de la correspondencia te escribiré por conducto de este famoso per-

riódico,¹ en cuyas columnas me honro en publicar mis habladurías, merced a la bondad de su ilustrado director; y eso por no adoptar el único medio aceptable aquí para economizar en portes de correos y es el de enviarte mi carta, vía San Petersburgo. Caminando seis o siete mil millas de ida y vuelta, después de haber tenido el gusto de estar unos días cerca del zar, llegará a tus manos por el módico precio de doce centavos. Este sistema es dilatado, pero seguro; lo mismo que el de las tranvías de esta capital, en las que puedes ir a todas partes por el camino más largo y llegar una hora después; pero llegas, que al fin entre nosotros eso de la puntualidad es otra de *nuestras cosas*.

Tenemos ya muchas cosas buenas; tan buenas como las de los países más cultos; sólo que somos tan desgraciados que las cosas mejores del mundo toman al implantarse aquí el carácter de *cosas nuestras*. Londres, París, Nueva York, Washington y México, tienen luz eléctrica, y cada cual la tiene como cosa suya; en consecuencia, nosotros la tenemos como *cosa nuestra*. Alumbrado cuando no se le descompone algo, y hace en la plaza de Armas el mismo efecto que cuando alumbramos la sala de tu casa poniendo la palmaria en el suelo. Dicen que los empresarios de esta luz son muy entendidos, y que los aparatos son de la misma forma de los que usan en Londres; pero ninguno de estos dícere destruye la observación de que nuestras luces están demasiado bajas. En efecto, están dos varas más altas que las del gas; pero entre la luz de gas y la luz eléctrica hay una diferencia tal, que si la altura de la luz debe estar en razón directa de su intensidad, los focos de luz eléctrica deben colocarse tres veces más altos de lo que están; quiere decir, a la altura de las azoteas, y entonces resultaría: 1o. que se aprovecharía toda la esfera de luz de los focos; 2o. que se iluminaría mayor espacio; 3o. que la luz sería más difusa y menos molesta, y 4o. que los focos no formarían con frecuencia un ángulo agudo, cuyo vértice es el ojo del transeunte que se agacha o se cala el sombrero para pasar con felicidad al través de ese exceso de civilización. Por otra parte, los postes están suje-

tos a contingencias difíciles de prevenirse; y si un poste cayera por cualquier accidente durante las horas de la electricidad, los alambres conductores tendrían ancho campo para producir en los alumbrados transeuntes una cadena de desgracias.

También el gas del alumbrado ha llegado a la categoría de *cosa nuestra*: al principio estaba brillante como cosa nueva, y nosotros muy contentos, pero a la presente alumbrado menos que el aceite de nabo del tiempo de los virreyes; y la empresa, como se va haciendo vieja, ya aprendió todos nuestros resabios y nuestras negligencias. ¿Crearás que mantiene y paga dependientes que apagan la luz del gas soplándole? Pues ni más ni menos. Es cierto que por este procedimiento se llega al mismo fin, quiere decir, a extinguir la luz; pero el gas, que no entiende de soplidos, así como los dependientes no entienden de gases, sigue saliendo por el quemador en frío, agregando ese nuevo perfume y ese atractivo más a las inmundas calles de esta ciudad; y así todo el mundo no solo ve que tenemos gas, sino que lo huele, cosa que no entró en los cálculos del inventor del gas, y tuvo razón, porque, francamente, huele mal. Ya ves si somos desgraciados en materia de luces; y tengo para mí que todo esto consiste en la maléfica influencia de los faroles, a los que, como sabes, tengo una aversión decidida desde que he visto que sirven para falsificar la instrucción pública y el patriotismo, según habrás visto en un artículo que publiqué no hace muchos días.

Todas estas mejoras nuestras forman una brillante perspectiva al través de las gacetillas de periódicos y de una distancia como la que media, por ejemplo, entre México y San Luis Potosí; pero vistas de cerca son otra cosa. Estoy seguro de que se te ha hecho agua la boca y has suspirado por regresar a esta metrópoli, cuando algún mal intencionado te ha ido a contar que el Zócalo está muy bonito. Pues, oye: no lo creas: es cierto que se ha gastado mucho dinero, y esto es precisamente por lo que muchos pobres creen que está muy bueno; porque está probado, desde Semíramis, que para tener bonitos jardines es necesario gastar mucho dinero, pero con talento; y luego, que como aquí nos hemos podido gastar todo lo necesario, resulta que las obras de lujo están como incrustadas en la miseria y el dete-

¹ *La Libertad*. (N. del A.)

rioro, que es el sello nacional de *nuestras cosas*. Algunas pulgadas fuera de una banqueta de mármol, que costó algunos miles de pesos y que desaparece bajo una capa de polvo y de basura, te hundes en el fango, tropiezas con guijarros o cojeas sobre las sinuosidades de un empedrado que pedregal debía llamarse. Si son las fuentes, allí están, pero sin agua, con unos cisnes que fueron blancos, después verdes y ahora dejan apenas percibir un color indefinible al través de su respectiva capa de polvo y telarañas; en el fondo de las fuentes se conserva un poco de fango; y el otro día que el ayuntamiento hizo un esfuerzo para probar si los cisnes podían echar agua, sucedió que algunos de ellos salivaron unos cuantos minutos, como atacados de congestión cerosa ¡pobres cisnes! En cuanto al borde de la fuente, como no hay asientos por allí cerca, están barnizados con esa exudación grasosa de nuestro pueblo que encuentra de su gusto convertir el brocal en banca, y a tanto restregarse en aquella cantera le ha llegado a comunicar el color indefinible de los cisnes. He aquí la fotografía de las grandezas del Zócalo, sin contar con que cuando riegan, que es de tarde en tarde, o cuando se revientan las cañerías, que es seguido, se pone el jardín intransitable. Mira si somos desgraciados. En cuanto a los árboles te diré que nos hemos encontrado nuestra media naranja. Los árboles de jardín que hemos visto en otras partes importados de la India, del Japón y del Brasil, son hermosos por su forma y por su follaje y por su exuberante florescencia. Nosotros tenemos decididamente muy mala mano para plantar árboles, y en cuanto a aclimatarlos todavía estamos muy lejos de esas gollerías. ¿Crearás que no hemos podido conseguir que prendan los árboles en las avenidas? Todos se secan; pero como te decía, nos hemos encontrado con nuestra media naranja. Hace algunos años comenzaron a plantarse los eucaliptus; y este es el árbol que nos conviene, porque crece sin hacernos caso, y a pesar de nuestra negligencia; le sucede lo que al plátano entre los negros, según el elegante decir del poeta Bellón:

Escasa industria bástale, cual puede
Hurtar a sus fatigas mano esclava.

El eucaliptus crece en medio de la incuria y del abandono, lo mismo que en invernadero, y se aviene tan bien al suelo pantanoso de nuestro valle como a nuestra desidia. Ello es cierto que los árboles son feos y no son propios para jardín, que interceptan la vista de los edificios y producen su sombra, por lo alto de sus copas, donde no se ha menester; pero no le hace, ese es nuestro árbol y su adaptación es una de *nuestras cosas*.

Ya te contaré en otra carta, que no irá por la vía de París sino por conducto de *La Libertad*, muchas *cosas nuestras* por supuesto, respecto a lo que pasa en el Zócalo.

Correspondencia epistolar

Cuando el desarrollo lento y progresivo de las especies animales había llegado hasta el hombre, se escapaba de una boca entreabierta la primera sílaba de las lenguas, revelando el admirable organismo de los aparatos de la voz. La sílaba fue contestada con la sílaba, y así nacía la transmisión del pensamiento. La alegría y la sorpresa formaban con la primera mímica las primeras palabras, y el hombre comenzó a difundir su espíritu sobre toda materia inanimada. El cielo, el sol, la luz, la noche, las estrellas, los árboles, al través de la convexidad de la pupila, iban a escribir una idea en el cerebro humano, idea que se exhalaba en sonidos articulados. Repetir el sonido por respuesta era entenderlo, y así nació el nombre, y así el espíritu humano tomaba posesión de la naturaleza, y así brotó con el primer destello de su inteligencia la idea de su superioridad sobre la tierra. Entonces el sentimiento inventó el adjetivo, y el orgullo inventó el *yo*. La primera concentración de la mente entre estos elementos halló el verbo, y el hombre pudo hablar. Y habló. Acopiaba palabras infinitas, atesoraba en la memoria las innúmeras combinaciones de sonidos que acompañaba con la mímica y el gesto: y la ardua tarea de ese almacenaje mental era la gimnasia de sus facultades intelectuales, que se desarrollaban ayudando la observación a la intuición, la deducción al cálculo, el juicio a la sentencia

y la necesidad a la inventiva.

Pero al fin no cupo en la memoria el material acopiado; creciendo el tesoro de las ideas escapábanse algunas por una puerta que se llamó *olvido* desde entonces, y el hombre las grabó en la piedra y con la piedra; así animó dos veces la materia: primero la dió un nombre y luego asoció la piedra a sus ideas, buscando la perpetuidad y extendiendo su poder sobre lo futuro. Tapió para siempre con piedras esculpidas la puerta del olvido, para no dejar retornar a la nada sus pensamientos. Así inventaba el hombre la escritura. Con el pensamiento, el lenguaje y la escritura formaba la trípede de la inmortalidad, aniquilaba el tiempo y tomaba posesión del infinito.

Desde los jeroglíficos sobre piedra hasta el teléfono, la historia de la inteligencia humana recorre un trabajo de segundo en segundo, por miles de años, para la transmisión del pensamiento; y el siglo actual reproduce, como arenas del mar, hojas de papel y plumas. El derecho de instruirse abre de par en par las escuelas y las aulas y perfecciona la conquista de la transmisión del pensamiento, al grado que sea tan fácil hablar como escribir.

Y sin embargo, ¡ay de nosotros! tantos siglos de trabajo y de lucha, tantos esfuerzos inmortales para afianzar la más preciosa de las adquisiciones son —apenas nos atrevemos a decirlo— son inútiles para ciertas gentes. Y no nos referimos a las que no saben escribir, porque esas viven entre nosotros con el adecuado calificativo de *pobres gentes*. No señor, aludimos a las gentes que saben escribir; más todavía, a las que escriben bien, entrando en este número algunos escritores públicos y hasta algunos pendolistas.

Pero condición de la naturaleza humana es el cansarse. Se cansa el hombre, se cansa la sociedad, se cansa la pluma. Una vez la sociedad moderna en posesión de la escritura, quiere decir, del cabo de ese hilo que ha venido tejiéndose desde la aparición del hombre, viene como una malaria de cansancio sobre la sociedad, y el hombre de sociedad suelta ese cabo de siglos, simbolizado en el de la pluma, ¿y qué sucede? Sucede nada aparentemente, nada trascendental a la masa del mundo, nada que influya en el progreso de las naciones; porque mientras algunos sueltan

el cabo susodicho, corren millones de plumas sobre el papel y millones de cilindros entintadores sobre los tipos de imprenta, y la transmisión del pensamiento sigue siendo, en toda su actividad y su grandeza, el estrecho abrazo del alma con los siglos del infinito.

Nuestra sincera y profunda lamentación se refiere particularmente a las gentes que, sabiendo y debiendo escribirle a V., no le escriben. ¿Y por qué no lo hacen? ¿porque no le aman? ¿porque no le estiman? ¿porque no le necesitan? No tal, porque precisamente dejan de escribirle a V. los que le aman, los que le estiman y hasta los que le necesitan. Debe pues haber una causa superior a tan sagradas consideraciones y a tan poderosos motivos, para que las personas civilizadas se excusen de practicar esa inapreciable prerrogativa del ser inteligente. ¿Cuál es esta causa? He aquí precisamente el *busillis* que nos pone el cabo de la pluma entre los dedos, y que da hoy materia y pasto a uno de nuestros artículos ligeros sobre temas trascendentales.

Hablamos arriba de una malaria de cansancio que se apodera de la sociedad, malaria abrumadora y enervante, que es como el rechazo de esfuerzos sostenidos difícilmente, de actividades que se extinguen. Sucede a la Inquisición y al poder absoluto del clero el cansancio religioso; sucede a medio siglo de luchas el cansancio de la guerra. Sucede a medio siglo de cambios de gobierno el cansancio político, y sucede a la controversia de las conciencias y a los lazos rotos de las familias y a la división de los partidos y al triunfo de la inmoralidad, el cansancio social. Los miasmas paludianos de nuestros trastornos públicos se enseñorean en las ciudades, y estos miasmas paludianos sorprenden al niño al salir de la escuela, donde aprende a leer y escribir, para abandonar en seguida el libro y la pluma. La instrucción pública hace ruido al abrir la puerta, y los alumnos salen en silencio, porque la malaria social les hace olvidar leer y escribir. ¿Qué hacen esos alumnos? Sigámosles sin cansancio al través de la sociedad cansada, y sigámosles íntimamente, interviniendo en sus menores acciones, que es el medio por el cual vendremos a conocer la realidad de las anteriores aseveraciones.

Parecería a primera vista paradójico asegurar que la flaqueza humana suele olvidar el fin por el medio; o de otro modo: llega a desentenderse del objeto entretenido en los medios de conseguirlo. Enúnciolo con el debido respeto a los propagadores de la instrucción pública en México, permitiéndome llamar su ilustrada atención hacia el fin práctico de la escritura. Bueno, muy bueno y necesario es saber escribir, bueno y útil es saber escribir bien, en el sentido de tener buena letra; bueno y provechosísimo es adquirir la facultad de comunicarse por escrito y bueno y hasta excelente es escribir bien, supuesto que esto es una prerrogativa de ciertas inteligencias; pero ello es que la adquisición de esta facultad en todos y cada uno de sus grados tiene este solo objeto: la trasmisión del pensamiento al través del tiempo y de la distancia.

Y no se diga que ésta es una práctica reservada sólo a los hombres de letras, a los publicistas y escritores, a los estadistas y literatos. Muy lejos de eso, es una práctica universal que obliga a toda persona bien nacida, a toda persona civilizada; es un deber social, un deber doméstico, un deber civil, y un deber inherente e ineludible de una buena educación.

Sigamos al alumno que acaba de recibir el primer premio de escritura de manos del ciudadano Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos. El director del plantel que hace aquel escándalo se regodea en su sillón apropiándose, con justo título, las nueve décimas partes de los resplandores de aquella gloria caligráfica, y piensa, con toda la beatitud de la conciencia del bien obrar, que ha cumplido su misión, que ha llegado con felicidad al término del camino. ¿Cuál era su misión? Enseñar a escribir. Pues bien, enseñó a escribir a aquel alumno y a muchos otros también, primeros premios de escritura; escriben, y escriben bien, y algunos hasta admirablemente. ¿Qué le resta al maestro sino saborear la voluptuosidad de aquel triunfo pedagógico, dándose el aire del peón que descansa sobre su zapapico después de terminado el primer tramo de terracería, donde se echarán los durmientes que soportarán los rieles por donde deberá pasar la locomotora del ferrocarril interoceánico?

Se acaban los premios, y sigue el almuerzo de

familia, casi hecho todo en honor de las planas del niño, que figuran en primera línea. Se acaba también el almuerzo; y el niño, como ya sabe escribir, no vuelve a escribir, por muchas razones. En primer lugar, porque no tiene necesidad de ello; en segundo lugar, porque como ya aprendió a escribir, ya no tiene a mano buenas plumas ni papel, excepto el de su papá que le está prohibido usar por respeto; y en tercer lugar, y he aquí la gran cuestión, porque el maestro le enseñó a escribir, pero nunca le dijo para qué, ni con qué objeto, que por sabido se calla.

Ya hemos dicho que el maestro se quedó descansando sobre su zapapico una vez terminado el primer tramo de terracería; quiere decir, una vez terminada la clase de escritura. Decir al niño para qué le enseñaba a escribir hubiera sido inútil; lo que importaba era enseñarle, y lo más importante era que el niño aprendiera. Todo el mundo sabe para qué es buena la escritura, y es una cosa tan buena, el saber escribir, que no se necesita encarecerla, es una de aquellas cosas buenas que se recomiendan por sí solas, y además, saliendo de la escuela, cada cual tomará el camino que más le cuadre. Por lo general, lo que más cuadra a los niños es dejar de hacer aquello que han hecho mucho; como por ejemplo, escribir. Apelo al que me lea, y si registra cuidadosamente sus recuerdos, encontrará en su vida, con toda seguridad, el periodo del cansancio en el escribir inmediatamente después de su último premio de escritura. Con las planas de los premios se acaba la necesidad de escribir, y tengo para mí que precisamente entonces es cuando empieza, no sólo la necesidad, sino el deber de escribir, porque el deber escolástico se convierte en deber social.

Siga apelando el que me lea al testimonio de su conciencia; y salvo las excepciones de toda regla, encontrará que hoy no escribe tan bien como cuando joven, y que en esto de comunicarse por escrito ha sido un tanto omiso, debido a la falta de costumbre, y sobre todo a que ha encontrado siempre más de su gusto y más expeditivo hablar que escribir.

Entrando en otro orden de ideas, encontramos en estas aberraciones ese difícil punto que existe para pasar de la teoría a la práctica; o de otro modo, la dificultad de la aplicación práctica

de las cosas teóricas, de las cuales solemos ser sobradamente ricos. Tenemos por ejemplo, teorías religiosas, teorías políticas y teorías sociales, todas excelentes: pero sucede en la práctica que muchos rezan sin llegar a ser católicos; muchos liberales ejercen el despotismo, y muchas personas de alta posición social cometen faltas de educación y buenas maneras.

Ocupémonos sólo de esta última, de la serie de teorías excelentes, que es la que cumple a nuestro propósito.

Los que hemos tenido el penoso deber de poner una distancia considerable entre nosotros y los nuestros; los que nos hemos alejado de ese círculo entrañable de nuestras afecciones y nuestros recuerdos; los que hemos vivido, en fin, lejos de la patria, hemos dejado un día frescas y fragantes, como las flores de un ramillete en la mañana, nuestras más caras simpatías, sembradas, para consuelo de la desolación de nuestra ausencia, por ventura, entre personas todas cultas y casi todas acreedoras en un tiempo al primer premio de escritura. Al recorrer la tangente de nuestro círculo, hemos bendecido nuestra hora de venir al mundo, tan adelantado en la trasmisión del pensamiento. Llegamos al fin de nuestro viaje, interpusimos el tiempo y la distancia entre nosotros y nuestro círculo, y la helada realidad de las cosas y la difícil aplicación a la práctica de las teorías más obvias, han venido a inspirarnos en nuestras horas de aislamiento, de abandono y de soledad, este pensamiento, nacido en el fondo de nuestra amarga meditación:

“Si se hubiera establecido hace algunos años en nuestras escuelas una clase de correspondencia epistolar, para dar a la instrucción caligráfica la aplicación práctica que demandan la urbanidad y los deberes sociales, para no derrochar los conocimientos adquiridos y para que la ilustración recoja el fruto deseado y alcance el fin lógico que se propone, ¡cuánto, cuánto se hubieran amenguado las tristezas de la ausencia y la amargura de la expatriación!”

Desde el momento en que la escritura resuelve la cuestión de transmitir el pensamiento al través del espacio, parece natural que, sea cual fuere la extensión del espacio que el pensamiento haya de recorrer, se recurra a la escritura. Pues no su-

cede así en la práctica.

Volvemos a seguir al alumno que salió de la escuela, y en quien la idea *escritura* fue siempre hermana de esta otra idea: *planas*. Este alumno abandona la escritura al entrar en sociedad, y a menos que su vocación sea la de escritor, perderá la costumbre de escribir, porque no aprendió ni se acostumbró en la escuela a escribir cartas.

Este olvido presenta hoy al ojo del observador los siguientes cuadros:

Una casa en la cual no falta nada del refinamiento moderno: hay desde espejos hasta cacharros de cocina. Album de fotografías y todo lo necesario, menos un tintero en actual servicio, plumas y papel.

Una persona que escribe una carta a un amigo sobre asunto importante y no recibe contestación. Un mes después se encuentran:

— Dispénsame, hombre, que no contestara tu esquela, pero no lo has de creer, no tenía el tintero a mano, y luego, que me proponía verte, y... ya sabes... se va pasando tiempo, etc.

Una señorita que tiene que comunicar algo urgente a su prima; no puede ir a verla, y como no tiene costumbre de escribir cartas, envía recado con una criada, a despecho de la discreción y el sigilo y a riesgo de las tergiversaciones de la inculta doméstica.

Una persona que no se atreve a escribirle a V., porque como es V. escritor, teme le critique V. su ortografía, que ha olvidado un poco por la falta de costumbre de escribir cartas.

Otro señor que no le ha escrito a V. por el motivo (estrictamente privado) de no saber cómo se escribe Washington, y no se atreve a preguntarlo.

Escribe V. una esquela que contiene una disyuntiva o una alternativa, y naturalmente demanda contestación categórica que resuelva una de dos proposiciones, y su criado de V. vuelve trayendo en los labios esta frase sacramental: —Que está muy bien.

Estas personas no vacilan en decirle a usted con una ingenuidad angelical: —Yo no le he escrito a V., la verdad, porque... ya sabe V., que soy muy flojo para escribir; pero me he acordado de V., etc.

— Así lo creo, contesta V. fingiendo quedar muy satisfecho.

Esa clase de personas son por lo general ajenas del todo, como si vivieran en otro planeta, al movimiento de vapores, a los itinerarios, a las salidas del correo, y a todo eso que se relaciona con la correspondencia. Esas son las personas que exageran la inseguridad en los caminos y el mal servicio del correo, y de las que a pesar de la Unión postal y el servicio regular de las malas, aprovechan gozosísimos un conducto particular para escribirle a V. una carta que nunca recibe. ¿Por qué existe esa generación que aprendió a escribir para no volver a escribir? Porque en las escuelas no ha habido una clase de correspondencia epistolar que arraigue en el educando para siempre, no sólo la costumbre de escribir cartas, sino la facultad de transmitir con facilidad sus pensamientos al papel, y el hábito, general entre caballeros, de contestar la carta con la carta, la esquila con la esquila, regla rudimentaria de buena educación.

Establézcase esa clase en todas las escuelas y bájese el porte del correo, y la generación que viene estará más a la altura de la civilización del siglo.

El aguador

A tí oh resto mueble de la incuria de tres siglos, representante impávido del *statu quo*, acémila parlante, hongo viviente de la dignidad humana; a tí vehículo vejado, ludibrio de la civilización, a tí aguador nacional, dirijo hoy mis homilias.

Pero antes de fijar una mirada escudriñadora en este tipo eminentemente nuestro, en este perfil idiosincrático de nuestras costumbres, en este sambenito de nuestra pretendida cultura, hablaremos del agua.

Las tribus errantes dejaban huellas de su paso a orillas de los arroyos donde paraban para tomar el agua con la mano, como las bestias feroces dejan la huella de sus patas en los abrevaderos. Casi todos los pueblos de la tierra han nacido a orillas de un río, y casi todas las ciudades del mundo se han erigido allí donde se ha resuelto la vital cuestión de beber agua con comodidad y abundancia.

Las primeras obras hidráulicas tendieron sólo a hacer correr el agua en caños; después hubo acueductos y fuentes. Las obras hidráulicas de los romanos, las de los moros en España, y las de los españoles en México, llenaron cumplidamente la misión de proveer de agua a las ciudades respectivas.

Las últimas obras de este género que hemos visto, son las de Estados Unidos de América; obras en las que las grandes máquinas de vapor, los *reservoirs* y la entubación perfecta, han venido a realizar el gran adelanto, en el uso del agua potable, de hacerla, motora de sí misma, como la sangre en el sistema arterial y venoso del cuerpo humano; recorrer en infinitos tubos las partes bajas y elevadas de la ciudad en virtud de la conveniente presión.

El agua en New York, por ejemplo, no llega a la ciudad, sino después de haber recorrido algunas millas en grandes tubos de fierro, de donde las toman bombas poderosas para formar depósitos inmensos y elevados donde el agua se asienta, se airea y se filtra, para volver a entrar en la cañería con la presión que necesita para ir a buscar el aguamanil del baño de un tercer piso.

Llega a la casa y bifurca su entubación; por un ramal corre fría, pero el otro va a buscar la lumbre de la cocina, pasa al través de los carbones encendidos, les roba un calor que no hace falta, supuesto que también las paredes de la hornilla lo disfrutaban impunemente; con el calor robado, el agua pasa a un receptáculo cilíndrico, en el que en virtud de la diferencia de temperatura el agua caliente desaloja el agua fría de abajo a arriba, hasta que aquella se apodera de todo el depósito; y como la presión general obra igualmente en todos los ramales de la entubación, el agua, caliente y fría, se distribuye a voluntad en todos los lugares de la casa, proveyendo los aguamaniles, los inodoros, el baño, la lavandería y la cocina. Además, la presión facilita el adoptar una cañería o tubo de goma elástica provisto de un sifón, y se tiene así el regadío del jardín, del parque y el aseo de vidrieras exteriores, pasillos, escaleras, etc., con la aplicación de un chorro constante y expelido con fuerza.

Cada vecino toma el agua que necesita de cada uno de los bitoques de su uso privado, sin más



tasa que su discreción y seguro de que ninguna mano extraña ha enturbiado el precioso líquido, que viene desde gran distancia resguardado de toda contingencia y hasta de las miradas profanas.

La pensión municipal por el uso del agua en las anteriores proporciones es de 6 a 8 pesos al año.

* * *

Nosotros tenemos las obras hidráulicas que nuestros ascendientes (Dios los bendiga) tuvieron la amabilidad de construir el año de 1500; tenemos el manantial de los Leones, que se va agotando a gran prisa por la tala de árboles, que es la manera que las ciudades tienen de suicidarse lentamente; y no haya miedo, porque al fin todos estamos contentísimos de vivir, aunque en la apariencia demos señales de odio a la vida. Mientras la juventud se suicida en las cantinas y en otras partes, la ciudad se suicida talando bosques y aglomerando fabulosas cantidades de gases deletéreos.

Tenemos la alberca de Chapultepec, que arrancaría un suspiro de compasión a Netzahualcoyotl, porque a duras penas alcanza ya los arcos, y eso merced a que el vapor la obliga. Tenemos *canoas* por donde viene el agua como hace cuatrocientos años, y tenemos, como es muy natural, ladrones de agua y arquería con más grietas que ojos. Tenemos, y no vayan ustedes a pensar que no es exacto, tenemos cañerías de plomo de tan respetable fecha como los arcos, y ya se sabe por experiencia lo que son las sales de plomo; generalmente son tan útiles para acabar con el prójimo como la tala de árboles, las cantinas y *esas señoras*. Es cierto que tenemos ingenieros muy sabios que han traído de Europa libros muy buenos y que saben muchas cosas útiles que nos convendría aceptar, pero no hay para qué molestar a esos señores y distraerlos de sus importantes estudios. Cuando se rompe una cañería de plomo, que es a todas horas, se la amarra con mecatas, se la remienda con zulaque y se le amontonan virutas de carpintería, se echa la tierra encima y ¡viva el municipio! Finalmente, tenemos, y ésta es la más preciosa de las cosas que tenemos nosotros, tenemos al aguador, y no sólo le tenemos,

porque el tener no siempre es punible, ¡se tienen tantas cosas malas sin poderlo evitar! Nosotros además de tenerle, le consentimos y además de consentirle no nos apercebimos de lo que nos deshonra, y además de consentirle le necesitamos, que es la más grande de las calamidades.

El aguador de México, único en su especie, se pierde en la noche de los tiempos; aunque si hemos de precisar su aparición, para no llamarle prehistórico, debemos traer su origen de la época de piedra. El aguador, tal como es hoy, y tal como ha sido probablemente hace algunos siglos, no lleva más objeto de metal en su cuerpo que algunos botones de latón en los pantalones o calzoneras, sustituidos en el auge del oficio con algunas monedas de plata de a dos o cuatro reales; por lo demás es el legítimo e imperturbable representante de la consabida época de piedra.

La educación y la cultura, y en general el mejoramiento moral del hombre, lo van apartando de todo oficio servil, de todo trabajo humillante: la mecánica trabaja empeñosamente por la disminución del trabajo material, y la dignidad humana se afana por confiar el fardo a otros vehículos que al ser pensador, y países hay en que se han emancipado ya de la carga a lomo hasta a las bestias.

El aguador de México sigue cargando libras de agua por dos centavos, ciego y sordo a todo adelante. Y la filantropía no ha pensado en él, y los apóstoles del pensamiento, y los propagadores de las luces, y los fanáticos por la educación del pueblo, y los ilustradores de las masas, aparentan no haberse dado cuenta de que el hombre que en un periodo de quince o veinte años ha sufrido un vendaje en la cabeza, de la presión de cien libras, durante ocho o más horas diarias, debe acabar por ser un hombre de muy pocos alcances; y sin necesidad de recurrir a la frenología que nos explicaría claramente el resultado moral preciso de la depresión de ciertos órganos, dejaremos consignado solamente el hecho de que el cráneo de los aguadores de México acaba por ser notablemente más chico que el de los otros hombres, y con una depresión muy marcada en los huesos frontales y en el occipital; y ya que recurrimos al hecho, dejaremos también sentada otra observación, y es la siguiente:

El vulgo tiene por lo general dichos y axiomas que si no son la conclusión de un silogismo perfecto ni de una observación sabia, no dejan por esto de encerrar una verdad.

Muchos de nuestros lectores habrán oído entre la gente del pueblo, cuando se trata de calificar una torpeza, o de poner un adjetivo a la palabra *tontera*, exclamar: *tontera de aguador*.

Siendo pues proverbial la torpeza de los aguadores, no debemos buscar la causa en la calidad de la carga que llevan, sino en la manera de llevarla, con detrimento probado y manifiesto de los órganos del desarrollo cerebral.

Habiéndonos propuesto escudriñar al aguador, debemos seguir en la tarea de examinarlo detenidamente y seguir confirmando su aparición en la época de piedra. En efecto, todo en el aguador es primitivo. Lleva el agua en una vasija esférica llamada chochocol, vasija por su forma y materia lo más inadecuada a su objeto, especialmente desde la época de la hojadelata, del zinc y de la tonelería.

El chochocol es de barro, casi esférico, y en atención a sus dimensiones tiene que ser de paredes gruesas y resistentes, y por lo tanto contener no pocas libras excedentes de peso muerto: el chochocol subsiste como en su origen a pesar de los adelantos en la alfarería, y es por lo tanto anterior al descubrimiento del vidriado. A ningún chochocol se le aplica esta mejora sólo porque siga siendo *el chochocol*. El aguador antes de servirse de él, tiene necesidad de curarlo en sana salud; quiere decir, cubrir los poros del barro ordinario de que está hecho el traste, pero no por medio de un barniz que forma una superficie impermeable, sino introduciendo algunas onzas de sebo, merced a la acción del sol, en todo el espesor de las paredes de barro, operación que dura como es de suponerse muchos días. Casi no hay chochocol que no se parta a la primera prueba, o sólo con un enfriamiento antes de usarlo, y entonces el aguador lo cose, practicando con un clavo algunos agujeros a los lados de la partidura, y pasando después un hilo grueso que plastece con zulaque, mezcla de aceite de linaza y albayalde. Un traste impregnado de sebo y oliendo a aceite de linaza, debería destinarse a cualquier uso menos a conducir agua potable;

pero aún no es eso todo, el chochocol, para acabar de ser lo más asqueroso posible, necesita indispensablemente de la tapa: ésta se compone de algunas ruedas de cuero (suela) superpuestas. No nos detengamos por respeto a nuestros lectores en averiguar el origen de esas suelas, y baste decir que el aguador desdeña lo nuevo y aún le parece condición indispensable el que esos cueros sean los más viejos que se pueda. El cuero curtido sometido a una nueva infusión, tiende a despojarse del tanino que adquirió en la curtiduría, tanino que, en unión del sebo y del zulaque, hace exclamar a muchas personas cultas candorosamente: —¿A qué sabe hoy el agua? Tiene un saborcillo. . . Pero al año de estar cambiando sabores, paladares y chochocoles, acaban por ser los mejores amigos del mundo.

El cántaro es un apéndice indispensable del aguador: cargando el peso del chochocol en la frente y no oponiendo más resistencia al peso del agua que la tensión de los músculos del cerebelo, y la inclinación de la cabeza, se vio precisado a cargar otro peso que gravita sobre los parietales para aumentar la resistencia del cerebelo. La posición es la más incómoda que pueda tomarse: el cuello tiene que parecer inmóvil por algún tiempo y la inutilidad del hombre, que sólo pueda ver el suelo, es absoluta.

El aguador se ha visto precisado a defenderse de su propia carga, y el cuero, pues ya hemos convenido en que cuando apareció el aguador no había ni hule ni goma elástica, el cuero, decimos, sigue siendo parte integrante de este vehículo humano, tan inmediato a la bestia de carga. De cueros superpuestos es una especie de cojín que suple las diferencias anatómicas del dorso del aguador, para adaptarlo con la esfericidad del chochocol. De cuero es un delantal que se ve obligado a usar para defenderse de los escurrimientos y salpiques, de cuero es una pechera o collar con que se resguarda el pecho, y de cuero por fin es una bolsa o escarcela en que lleva los *tantos*.

Como está probado que el aguador nunca ha servido en materias de enseñanza ni para discípulo, por antonomasia instintiva del vulgo, todos le llaman *maestro*.

Extraño y tal vez anterior a la invención de

los números arábigos y a la aritmética y al lápiz y al sentido común, lleva en su escarcela unas semillas rojas de la flor del boj, que llaman colorines, y deposita en poder de la Maritornes de cada casa tantas semillas (que no se atreve a llamar fichas sino tantos, por que tampoco las fichas ni la palabra se habían inventado cuando el aguador apareció en el mundo) tantas semillas, decíamos, cuantos viajes hace al cabo del día.

Y para hacer llegar a lo sublime la bien sentada estupidez del aguador, no ha habido desde hace siglos hasta la fecha un individuo de esta clase, a quien le ocurra hacer la aplicación racional del sistema de fichas o tantos como el maestro les llama sino que todos practican la operación al revés; quiere decir: ponen en poder del deudor los justificantes de la deuda, siendo así que al acreedor y no al deudor corresponde acreditar el monto de la deuda y recibir por cada entrega un equivalente de su precio, ya se llame ficha, tanto o vale, para que juntos formen la cuenta de crédito contra el deudor. El aguador entrega los vales o tantos a la buena fe de la Maritornes, cuya legalidad, movida por el candor del maestro, suele ser la única a que se acostumbra.

El agua que bebe en México la mayor parte de la población, si el aguador interviene en su acarreo, suele tener no sólo el saborcillo aquel, proveniente del sebo del cuero y el zulaque, sino el de la fuente, y al hablar de ella tenemos indispensablemente que dar un paso adelante, uno solo, y pasar del aguador al regidor.

Las fuentes con taza o recipiente descubierto son construcciones propias para los paseos públicos, y erigir una fuente de esa naturaleza destinándola a surtidor o toma de agua para el público es uno de nuestros resabios, de nuestras antiguallas, de nuestras cosas, en fin; todavía por desgracia, en consonancia y a la altura del aguador, a la altura decimos, porque no pareciendo todavía bastante impropio, sucio y repugnante el modo de conducir el agua, es necesario que esa agua sea constantemente una infusión de las más inaveriguables y complicadas combinaciones, cuyos detalles sería prolijo enumerar. Nótese solamente que el que toma agua de una fuente descubierta, especialmente si lo hace por una sola vez, se cuida bien poco de los que le sucedan.

El curioso lector que quiera explicarse estos misterios, procure presenciar la limpia de una fuente pública y analizar, si puede, lo que sacan del fondo.

Los municipios modernos han comprendido esto y ponen a disposición del público no fuentes abiertas, sino tomas de agua, bien sea con llave o bitoque o simplemente un chorro continuo sin depósito para que cada cual reciba el agua de la cañería directamente. Vosotros filántropos desinteresados, vosotros los que abogáis por el mejoramiento moral y material del pueblo, fijad vuestras miradas en nuestros mil quinientos aguadores condenados irremisiblemente a perpetuar la raza de las acémilas parlantes, lanzados por el chochocol al embrutecimiento y a la ignorancia; redimidlos, pero para poder instruirlos, quitadles el bendaje de cuero que deprime los órganos del pensamiento, y habreis hecho una obra meritoria.

Hay en México mil quinientos aguadores y ninguno de ellos gana menos de un peso diario, según su propia declaración. De manera que los habitantes de esta dichosa capital pagamos 1.500 pesos diarios a los aguadores, o sean 547.500 pesos al año.

Los felices mortales que no ocupan aguador son nada más mil trescientos, y éstos pagan al ayuntamiento por mercedes de agua 53.000 pesos al año, resultando por término medio una pensión personal de 40 pesos.

EN RESUMEN

Pagado a los aguadores	\$547,500
Al Ayuntamiento	53,000
SUMA	\$600,500

Cuya cantidad es el rédito al 6 por 100 de diez millones de pesos.

La obra de entubación y depósitos desde los Leones subiendo al cerro de Chapultepec, no llegaría ni con mucho a esa suma. Si en el cerro se estableciera un gran depósito subiría el agua a la altura conveniente en la ciudad y sobraría presión para introducirla a todas las casas, para reformar en lo absoluto el sistema de inodoros,

para hacer el regadío de árboles, jardines y calzadas y para alimentar todos los juegos hidráulicos de las fuentes públicas. Suprimidos los aguadores y mejorado el servicio del agua potable subirá el valor de la propiedad porque el inquilino pagará al propietario lo que hoy paga al aguador, al baño y a la lavandera.

Esta mejora, por dispendiosa que parezca, se hace indispensable y su renta será entonces uno de los más pingües ingresos municipales.

Proponemos este negocio a los capitales sin aplicación, y a los hombres emprendedores, si no a los de aquí, porque suelen escasear, a los de otra parte. Pero sean quienes fueren ¡que nos libren del Aguador!

El Correo

Señor Don José María Flores Verdad,

San Luis Potosí.

Querido Pepe:

Por el carácter de la letra conocerás que no han bajado aún el porte de la correspondencia, y sigo escribiéndote en *La Libertad* a trueque de que nos oigan los sordos. Y no sólo no bajan el porte de correos, sino que lo suben ¿lo vas a creer?

Nuestros virreyes, que eran hombres que entendían muy bien aquello de servir y amar al rey nuestro señor, concretaban el espíritu de su política y las leyes de su administración a sacar el mayor lucro posible a las colonias, y patentizar así a S. M. que esta grey estaba todo lo más esquilada posible, y que seguía amando a Dios en tierra propia. Ya podrás imaginarte qué regocijo tan gachupín y qué satisfacción tan beatífica se apoderaría de aquellos rozagantes pelucones, al enviar a la península los montones de oro que producían los criollos, tan dóciles, tan rezadores y tan de buen carácter.

— ¿Los criollos fuman? ¡A ver acá el tabaco! —decía el virrey— nadie sino su majestad puede hacer cigarrillos; esta es una renta real, estos son

provechos de la corona, y ¡cuidado con el contrabando!

Y sólo la corona real torcía cigarrillos para los criollos.

Otro día los pobres criollos entre vísperas y maitines se permitían echar sus alburitos (no tantos como ahora).

— ¿Los criollos juegan?— decía el virrey.— ¡A ver acá los naipes! Sólo la corona puede hacer eso. ¡Habrás visto! Ustedes jueguen y peléense; ¡pero sólo la corona hace barajas y juega limpio! ¡Y cuidado con las falsificaciones!

Ya desde antaño los pocos criollos que sabían escribir se cambiaban sus cartitas, que empezaban con un “Jesús María y José” por fecha, y acababan con un “Dios guarde a vuestra merced muchos años” que olía a incienso.

— ¿Cartitas tenemos? —decía el virrey.— A ver acá esas moscas machucadas; que sabe Dios Nuestro Señor cuántas cosas pecaminosas, y aún contrarias al buen servicio de la corona, contengan esos papeluchos pegados con oblea. Que pague dos reales fuertes cada una de esas epístolas, y que se den de santos los herejes y demás genticilla ordinaria, de que en pro de la civilización se les permita andarse carteano, sin que mi autoridad, que es la de S. M. Q. D. G. muchos años se imponga, como debiera, del contenido de la correspondencia. Y que todo el que manda cartitas lo haga, no por medio de mandadero ni de correo particular, sino por medio de los leales servidores del fisco y ¡mucho cuidado con las cartitas subrepticias y de tapadita, so pena de multa y de prisión!

Todos esos excelentísimos señores, que además de excelentísimos eran duques, condes, marqueses y arzobispos, servirían a Dios Nuestro Señor y a su real majestad, y se salvaban todos por lo bien que lo hacían aquí abajo. Vino 1821, soplando ya el viento de la América del Norte, viento de emancipación y de progreso. Vino la independencia, con todo eso que dicen los poetas, del león de España: que se espeluznó y alzó la cola y crespó la melena y dio rugidos de coraje que resonaron en los dos continentes; y la renta de correos se estuvo firme, con su peluca puesta y su tipo virreynal inmutable.

Vino la reforma administrativa que desestancó

el tabaco y la nieve y los naipes, y la renta de correos siguió montada a la antigua como una religión del pasado, imperturbable, cobrando su peseta y prohibiendo que los criollos, por mucho que hayamos adelantado, vayamos a cartearnos con nuestros amigos, o nuestras novias, de un pueblo a otro, sin pagarle, por ende, nuestra peseta al gobierno supremo.

Ya todo el mundo se hace sus cigarros y sus naipes, esto es muy justo y muy natural; pero en eso de las cartas, la cosa está como hace un siglo: dos reales fuertes y cuidado con cartitas de contrabando. El espíritu del siglo se afana por el estrechamiento de vínculos en la humanidad, se abren istmos y canales, se construyen ferrocarriles y telégrafos, y nuestra renta de correos permanece sorda al movimiento y al progreso del mundo. El correo, en otros países, no sólo ha bajado el porte de la correspondencia a ínfimo precio, sino que este *servicio nacional* se constituye portador de todo género de objetos que no pasen de cierto tamaño. En Estados Unidos el porte de una carta sencilla es el de tres centavos, sea cual fuere la distancia que recorra en el interior del país: dos centavos en el interior de una ciudad, y un centavo el valor de una carta postal para el interior de la ciudad y del país. Las cartas para el exterior pagan sólo cinco centavos. Fijar un solo tipo para el porte, tiene la ventaja de simplificar las operaciones de la administración, y de hacer más práctico el avalúo de las cartas, supuesto que el público es el encargado de hacerlo. La venta de estampillas es libre, y sirven de papel moneda para la trasmisión o envío de pequeñas sumas. Un sólo tipo de estampillas sirve en toda la Unión, sin distinción de Estados y sin más sellos ni contraseñas particulares. Las administraciones de correos de las grandes capitales están dispuestas de tal manera que el público ayuda a la distribución de las cartas, por lo menos, en sus grandes subdivisiones, estableciendo cuatro buzones, uno para cada uno de los cuatro vientos cardinales; otro para correspondencia para el exterior, y otro para impresos. En la nueva casa de correos de Nueva York hay tantos buzones como Estados tiene la Unión. A más de estos buzones hay repartidos en la ciudad, en los sitios más frecuentados, buzones públicos,

que consisten en una caja de fierro capaz de resistir la intemperie, fija en el poste de uno de los faroles del alumbrado. Estas mismas cajas de fierro se encuentran en el despacho de los grandes hoteles y en todo lugar muy frecuentado, como boticas, etc. En estas cajas o buzones se depositan indistintamente todo género de correspondencia para el interior y el exterior, y los carteros la recojen tres veces al día. Ese país, eminentemente práctico, ha comprendido la inmensa trascendencia de la facilidad en las comunicaciones, y entiende por facilidad en las comunicaciones, no sólo el ferrocarril y el telégrafo, sino la correspondencia escrita que da origen a incalculable número de transacciones y negocios: guiado por este espíritu de progreso, ha realizado de una manera admirable la facilidad absoluta de comunicaciones por medio del sistema más sencillo que pueda imaginarse. La venta libre de estampillas, de las que es uso y costumbre general en aquel país estar siempre provisto, pone a cada cual en aptitud de escribir una carta en cualquier sitio o lugar; la multiplicación de los buzones evita al público el molesto y cansado viaje a la administración central; las cartas postales, cuya emisión aumenta por millones anualmente, son el recado, la cita, el pedido a algún almacén, la respuesta pendiente, la felicitación, los días, el recuerdo, son, en fin, un mandadero universal que se lleva en la bolsa y se deposita en el farol más próximo, y ese mandadero que no se equivoca, ni flojea en el camino, atraviesa la ciudad, el pueblo, el Estado o todo el territorio, por un centavo. De esta facilidad de comunicación resulta un número incalculable de transacciones y estrecha sin cesar los vínculos sociales y mercantiles; y aquellos cincuenta millones de habitantes están siempre al habla porque el gobierno, de una manera paternal y sabia, los tiene siempre unidos por medio de un sistema postal perfectísimo y a la altura de la civilización de nuestro siglo. Y no para aquí el benefico al público. Aún parecía poco al gobierno este servicio y permite que el público no sólo envíe sus cartas por el correo, sino sus pequeños objetos. Por medio de un porte bajísimo, en relación con el de la correspondencia, se envía en todo el país y se admite en todas las administraciones de correos, peque-

ños bultos cerrados, no importa qué contengan, tanto que se suele enviar por este conducto hasta animales vivos. Para formarse una idea del movimiento en materia de objetos, baste decir que la administración general de correos en Washington, anunció al público en 1880 por medio de un catálogo impreso en forma de folleto, un remate de *ocho mil lotes*, compuestos de objetos enviados y que por error en la dirección, o por otras causas no habían sido entregados ni reclamados. ¿Cuál habría sido hasta entonces el número de objetos enviados, cuando sólo el de los no reclamados ascendían a una suma capaz de formar ocho mil lotes? El correo además de prestar estos servicios, no ha olvidado las pequeñas transacciones y cambios de dinero, y hay en cada administración de correos un departamento que se llama de *órdenes de dinero*, en donde el público lleva cantidades desde un peso hasta 25 para ser cambiados por una orden postal, con un pequeñísimo premio de situación, de un solo tipo sea cual fuere la distancia. Estas oficinas practican muchos centenares de operaciones al cabo del día, por medio de planillas que el mismo interesado llena, y están en blanco a discreción del público, y por medio de libros talonarios de comprobación. En resumen, una persona en los Estados Unidos está en aptitud de escribir, franquear y enviar una carta o recado escrito en cualquier lugar donde se encuentre y a cualquiera hora del día y de la noche, supuesto que los buzones no se cierran nunca.

Puede enviar cinco pesos lo mismo que un par de botines de uno al otro extremo del país, puede comprar un objeto en un almacén que está en otra ciudad a quinientas leguas de distancia, sin más molestia que pedirlo, recibirlo y pagarlo por medio del correo. Puede un comerciante distribuir un millar de circulares en todo el país por sólo el gasto de diez pesos, papel y porte inclusive, puede por medio de las mismas cartas postales dirigirse a doce personas a la vez para hacer doce preguntas, o doce encargos, y recibir todas las contestaciones en su domicilio, todo por doce centavos. Hay más todavía, en las ciudades muy populosas, como Nueva York, la administración de correos tiene oficinas sucursales repartidas en la ciudad que practican todas

las operaciones de la principal, inclusa la certificación de cartas, que no cuestan más que diez centavos, sea cual fuere el volumen del paquete enviado. Finalmente, la correspondencia es libre, y no materia de contrabando; de manera que si alguno tiene un bulto de correspondencia que pese muchas libras, puede enviarlo adonde guste por el *express*, por la octava parte del costo que importaría por el correo.

* * *

¿Ya vez todo eso querido Pepe? Pues vas a ver ahora lo que nos pasa a los mexicanos en materia tan trascendental como es la correspondencia. Si vives en los Estados Unidos y tienes un círculo de relaciones que te obliguen a escribir ocho cartas en un mes gastarás sólo 24 centavos; pero si en San Luis Potosí te sientes en el mismo grado de sociabilidad y escribes las mismas ocho cartas, te costarán dos pesos; y cuida de escribir en papel delgado, so pena de que una fracción de adarme en cada carta haga subir a cuatro pesos el porte de las mismas. Ya convendrás en que nuestra sociabilidad y hasta nuestras afecciones más íntimas, merced al sistema colonial de correos que nos rige, están en razón inversa de nuestros intereses pecuniarios. De aquí nace que no se escriban más que los comerciantes ni se traten por escrito más que negocios de cierta importancia.

Quando te escribo una carta, no de estas que te llegan en las columnas de *La Libertad*, sino de esas otras privadas que suelo escribirte de cuando en cuando, me pasa que al acabar de escribirte, y ya rotulada mi carta, quedan en pie una porción de hilos que atar, y son: la carta, el peso, el sello, la peseta, el criado, la distancia al correo y el empleado respectivo. Me ocurre pues, de puro malicioso que soy, que pongo a mi enviado en aptitud de convertir uno de sus bolsillos en buzón y el otro en alcancía. Yo tengo mucha confianza en mi enviado; pero este es un consuelo puramente teórico. Supongó que mi enviado llega al correo y que entrega carta y peseta y . . . y yo tengo muy buena idea de los empleados de correos, y por lo tanto debo suponer que mi mensajero y el empleado son igualmente íntegros, leales y honrados. Pero todo este cúmulo

de suposiciones, benévolas las unas, y maliciosas las otras, tienen un valor puramente abstracto, y la idea de que mi carta no llegue a tus manos, me decide a emprender la jornada a la administración de correos, para tener la evidencia de que mi carta queda sellada y en el cepo de la distribución.

Llego al correo, y agrupados a la reja están un cargador, con todo y mecapanal, difundiendo aldeida; una cocinera con todo y canasta, oliendo a grasa y a cebolla; una de esas señoras oliendo a patchuly; un dependiente de casa de comercio; un pobre señor que no ve bien; un muchacho que mete la cabeza enmarañada por entre el grupo, y D. Vicente García Torres, que incansable y perseverante va en busca de noticias verbales para el *Monitor*. Bien sahumado por el grupo aquel, llego por fin al boquete: el empleado recibe mi carta, lee el sobre, la pesa en la balanza, duda, la vuelve a pesar, el fiel vacila, y por analogía el empleado vacila entre dos y cuatro reales, el fiel triunfa, la balanza se pone en reposo. Dos reales, exclama el empleado, doy un peso, no tiene vuelto.

— ¿Qué, no tiene V. suelto? — me pregunta con mucha amabilidad.

-- No, no señor-- le contesto con toda la que puedo...

Y luego busca, y tropieza con monedas decimales, centavos de cobre y medios lisos: cuenta y combina todo aquello y me devuelve seis reales que constituyen una colección numismática. Pero mi carta ahí está sin sello todavía, la dirijo una mirada, y dos, y nada, no hay quien la selle, porque el empleado encargado de la saliva la está gastando en hablar con otro. Me aparto un poco para dejar a otros el lugar y casi adivino que por fin el encargado de la saliva selló mi carta. Entre tanto el grupo ha aumentado detrás de mí, ya hay más cocineras y más cargadores, y frotándose las canastas y aseando con mi levita rebozos y frazadas, salgo del correo. . . conociendo lo mucho que te quiero y decidido a escribirte por conducto de *La Libertad*, mientras cambian las cosas:

Tuyo,

FACUNDO

Después de muertos

Este es un retruécano que se usa a fines de octubre, cuando se aplaza algo para el 3 de noviembre en adelante. Esta es la bromita con que empieza la conmemoración de los difuntos. Nosotros tomamos la frase tal como corre para ponerla como título de este artículo, no escrito con anticipación, sino después de muertos. . .

Desde los salvajes hasta los más civilizados, todos los pueblos han dividido sus públicas ceremonias en dos categorías: los regocijos y las pompas fúnebres. Qué mucho que así haya sido desde la más remota antigüedad cuando esas son las dos fases de la vida humana: se goza y se padece alternativamente; se ríe y se llora, se nace y se muere. Por estos dos caminos hemos llegado a dividirnos los humanos en dos secciones; los muertos y los dolientes, y a habitar dos ciudades: en las ciudades silenciosas que se llaman cementerios o en las ciudades alegres donde lloran y ríen los que sobreviven.

Apenas hay horas más negras en nuestra vida que aquéllas en que hemos llorado la pérdida de un ser querido; y apenas hay una idea más pavorosa que la de nuestro fin irremediable.

Ante el gran misterio de la muerte se anonada la razón humana y las manifestaciones del duelo han llegado a tomar formas más o menos extravagantes; pero en el fondo de todas ellas está siempre el dolor. Estaba reservado a México el convertir la pompa fúnebre en regocijo; estaba reservado a este país de anomalías y contradicciones, llevar hasta lo sublime el decantado y oprobioso velorio de la gente inculta y supersticiosa.

Se comprende fácilmente que el indio y el mestizo inculto se crean en el deber ineludible de comprar el día de muertos los bizcochos más malos que se fabrican en todo el año, y las flores más feas y de peor aroma que produce la tierra, el zempatxochil, para poner la ofrenda, acompañada de velas de cera y de fumigaciones de incienso. Esta costumbre es casi un rito, y bajo el punto de vista alegórico, es no sólo disculpable, sino que encierra como una idea mal expresada de la inmortalidad, supuesto que el comer, la primera idea del ser viviente y el precio de la vida, se le ofrece al muerto.

Un indio taciturno y callado delante de un montón de zempatxochil, delante de bizcochos azucarados que respeta, y a la luz de dos velas de cera y envuelto en la nube del incienso, es un doliente respetable, es un egipcio del tiempo de Sesostris, en América, que está probando que el camino del progreso es más largo de lo que parece a primera vista.

Pero que lo más granado de la sociedad de México, en unión de lo más abyecto de las masas populares, celebren la conmemoración de los fieles difuntos, con gritos y vendimias, con la música de Zapadores y con Fulcheri y Bejarano, tiene para nosotros en el fondo una significación altamente desconsoladora en el orden moral. Y no se nos quiera hacer creer que esta sociedad se divorció de la iglesia católica desde la reforma, y que en el día de muertos no se sujeta a las prácticas y ritos de la conmemoración, sino que va al Zócalo porque le da la gana; no señor. La gente se viste de negro en la mañana, llora en el panteón en la tarde, y coquetea en la noche vestida de color de rosa. ¿Es que el sentimiento, y el duelo, y el recuerdo tristísimo de los que amamos y murieron es también mentira? No lo sabemos; pero lo cierto es que la actual costumbre nos lleva a cada quien a pensar de esta manera:

“Cuando yo muera, me llorarán con seriedad los míos hasta noviembre; y en el día consagrado por la Iglesia al recuerdo de los muertos, mi mujer y mis hijos, mis amigos y mis deudos, serán los actores de una fiesta inventada para burlarse de los muertos. Vestidos de colores relucientes se pasearán al son del can-can dentro de una gran barraca, y cenarán opíparamente para ahogar en champaña el último vislumbre de tristeza por mi irreparable pérdida”.

Esta idea terrible que haría estremecer a las piedras si pudiera hacerles comprender que habían de morir, se torna en mojanganga; y del cráneo y de la tumba se hacen juguetes para los niños, para que más tarde puedan celebrar a carcajadas la muerte de su padre en la barraca de Bejarano.

¿O será que en lo que llamamos fiestas de noviembre, lo de los muertos es lo de menos, y de lo que se trata es del aniversario de todos los santos? Tengo para mí que el divorcio de la Iglesia y el Estado comenzó precisamente por el des-

prestigio en que habían ido cayendo los santos para una mayoría considerable de nuestra sociedad. No satisface mis dudas el imaginarme que la gente se entusiasma con ese recuerdo tan excepcionalmente católico.

¿Es acaso el doloroso recuerdo del padre, de la madre, del hermano, del hijo muertos, el que consume esas toneladas de cacahuates y de golosinas? Fisiológicamente los grandes dolores están en oposición con el apetito. ¿Qué le sucede entonces a este dolor tan legítimo y tan serio, que se regodea de gusto el 2 de noviembre, y no sólo se regodea de gusto, sino que se vuelve glotón en demasía?

El dolor es lógico; se exhala en lágrimas y en sollozos y en suspiros. No hay en nuestro admirable organismo ni otros jugos ni otros fenómenos nerviosos para expresarlo. Pero el dolor de que se trata, ese dolor que dice la gente, el dolor anual de fecha fija, es un dolor estrictamente bejaranesco, abigarrado y goloso, y discurre poco más o menos de esta manera: “¿Conmemoramos a nuestra madre muerta?” pues hartémonos; propinémonos hoy una ración extraordinaria de golosinas indigestas y que haya mucha música y muchas diversiones. Y cada familia se prepara a las fiestas, con la intervención más o menos directa del agiotista, acopiando los artículos heterogéneos que constan en esta lista que nos encontramos en el Zócalo:

25 varas de raso maravilloso color de yema de huevo y 20 varas de encaje de a medio la vara, para Virginia.

Crema de bismuto, cascarilla de la Habana, etc.

80 varas de raso color de rosa, para la mamá, zapatos del mismo color y medias de seda.

Gorros para las muchachas y botines abronzados lo más respunteados posible para toda la familia.

Una corona de a diez pesos para la tumba de mi padrino el general.

Un ramo de flores para la pobre de mi tía Charo.

Velas y candeleros para la tumba de la familia en Dolores y gratificación al criado que los cuide para que no se los roben.

Tres velo-mantillas.

A la cocinera para mole verde.

Suscripción para pasar las tablas que separan el paseo público del erario de Bejarano.

Cena sobre el Zócalo.

De esta manera, y de aberración en aberración, México presenta en estos días a los ojos del filósofo y del extranjero un aspecto *sui generis*, que sugiere no muy favorables calificaciones respecto a nuestra cultura.

El pueblo se aglomera en la plaza principal de la capital de la República para convertirla, con el beneplácito social y municipal, en tianguis de pueblo. Improvisa barracas, con deterioro de la educación y de la decencia, con las sábanas de la cama. Se echa en el suelo y pernocta sobre las piedras; coloca sus frutas y sus golosinas sobre la basura, e improvisa figones y hace lumbradas y se desgañita pregonando. Son los restos de la barbarie que vienen a sentar sus reales en el corazón de la ciudad para celebrar el gran velorio como lo ha estado haciendo hace tres siglos; pero se encuentra un grupo, relativamente corto, de gente culta, que se viste con raso color de yema de huevo y con casimir francés, que usa plumas de avestrúz y tacones altos. El raso amarillo y las sábanas y petates de las barracas; las plumas de avestrúz y de marabú y los sombreros de petate; el casimir francés y la manta del país, o sean los paños menores en que vive nuestro pueblo, hacen un mal consorcio en la apariencia y protestan por el contacto. Los trajes difieren esencialmente; pero no así el sentimiento por los muertos.

El raso amarillo come trufas y la frazada cacahuates; pero raso y frazada comen doble esos días en honra y gloria de los muertos, que ya no comen. La barbarie y el refinamiento están de acuerdo en el modo de sentir, experimentan el mismo dolor, el mismo regocijo y el mismo apetito; pero les disgusta juntarse, rozarse. El raso amarillo teme la pelusilla que se desprende de la manta, de la frazada y del rebozo. La kananga del Japón debe separarse y pisar en otro círculo libre de la aldeida y del olor a juiles. ¿Qué hacer entonces? Llorar es preciso, divertirse es preciso, el raso maravilloso es indispensable, el aniversario se acerca. De esta emergencia brota un genio salvador como en todas las situaciones difí-

ciles; nace Bejarano, y propone poner unas tablas para hacer un redondel que divida el raso amarillo de la manta de a real. ¡Buena idea! grita el raso amarillo. Bejarano agrega: este redondel será mío por unos cuantos días.

— Excelente — gritan las plumas de avestrúz.

— Pero... — sigue diciendo Bejarano — para pasar a mi barraca se pagarán cuatro pesos.

— ¿Y qué? — dice desdeñosamente el raso amarillo — ¿No vé V. que todos somos ricos? Casi todos somos agiotistas.

Satisfecho Bejarano con la respuesta, persuade al ayuntamiento, que de por sí es tan fácil de persuadirse, a que le preste el Zócalo, y el ayuntamiento se lo presta. Fulcheri lleva el equivalente de los cacahuates al Zócalo, y guarda sus comestibles en pequeños garitones, de donde salen en la noche como del sombrero maravilloso de Harman, a precios de muerto.

México elegante emprende un movimiento de trilla que dure cuatro horas, durante el cual cada quien se ha dado cuenta del raso de las otras, y queda persuadido de la utilidad de las prendas de todas clases, de que por cuatro pesos oyó la misma música que de ordinario oye de balde y de que cenó caro por final de cuentas.

¿Y los muertos? No tienen novedad, muchas gracias. Qué más pueden exigir esos pobres cadáveres que su corona de a diez pesos y sus velas de cera y sus flores. Se les ha puesto su ofrenda pero no han querido comérsela. Será porque no tienen apetito y ellos saben su cuento.

¿Y los dolientes? Todos ellos han perdido uno o muchos seres queridos, todos han llorado y tienen las llagas abiertas, las heridas mal cicatrizadas, y con ellas aún sagrando, se presentan en el día solemne del recuerdo, en el día oficial, en el día de la Iglesia, a inscribirse voluntariamente ¿en el registro de los que rezan y los que lloran? No: a suscribirse en el redondel de Bejarano y al menú de Fulcheri.

¿Y el sentimiento, y el pesar, y el duelo? ¿Irán pasando todas estas flores del alma a la categoría de zempatxochil que es la más ordinaria y fea de las flores? ¿El lujo y los placeres habrán acabado de robar al alma de esta generación el espiritualismo y la moral, la gratitud y el recuerdo, la sensibilidad y la lógica? No lo sabemos,

pero es desgarrador pensar en que hay algo más triste que la muerte. La alegría y la indiferencia de los vivos. De todos modos ya tenemos un dato para no hacernos ilusiones respecto al porvenir porque después de muertos no sólo nos espera la tumba con todos sus honores, sino el redondel de Bejarano.

El Pulpo

Desde las más pequeñas dificultades hasta la mayor de las vicisitudes en que el hombre llega a encontrarse en esta vida, fluctúa, sin conocerlo las más veces, entre estos dos extremos: la lógica incontrovertible de los hechos, y los dislates sugeridos por el error, por la rutina o por el fanatismo.

Si el hombre no tuviera por norma de sus actos sino la razón, la lógica y el juicio, con exclusión de toda tendencia a lo imposible y a lo sobrenatural, sería más dueño de sí mismo y podría prevenir la mayor parte de sus desgracias.

Vivir para el futuro, prever, prevenir y regular los actos del presente con relación al porvenir, parece ser el destino del ser pensador; y esto es precisamente lo que menos suele hacer la criatura privilegiada; es esta la cuestión más difícil de resolverse, y de cuya insolubilidad nacen desde las revoluciones, y los trastornos públicos, y el pauperismo, y la degeneración de las sociedades, hasta las pequeñas vicisitudes y las miserias ignoradas.

El sacrificio parece ser una sentencia irrevocable y la condición ineludible de la existencia humana. La sabiduría infinita ha querido que la criatura pensadora no olvide nunca su destino póstumo, y para que no lo olvide, ordenó que la lógica de los hechos exija al hombre por medio de las enfermedades, de la miseria, de la deshonra y de la muerte, que viva haciendo sacrificios en el presente para alcanzar el porvenir.

De esta sabia ley han nacido las que llamamos virtudes, y que no son sino sacrificios del presente para prevenir los males del futuro. Así nace el sacrificio que se llama higiene, para prevenir

la enfermedad. Así nace el sacrificio que se llama honor, para prevenir la deshonra y así nace el sacrificio que se llama economía, para prevenir la miseria.

Y este último de los sacrificios que mencionamos es el punto objetivo de nuestras habladurías de hoy. Y es el punto objetivo, por la trascendentalísima importancia que tiene esta virtud, este sacrificio, esta llave maestra que se llama economía en el modo de ser, en el modo de sentir, en el modo de pensar y en el destino de nuestra sociedad actual.

Esta intuición del sacrificio nace con los primeros pobladores del mundo que sacrifican víctimas al sol por prevenir los males del futuro; inspira a todas las teogonías para imponer las privaciones, las abluciones, las oraciones, los sacrificios, las humillaciones y la penitencia. Y esta intuición del sacrificio se gasta en el uso, se rebaja con la superficialidad, se corrompe con el lujo, y se pierde por fin por el decrecimiento y por la depravación de las costumbres.

El fetichismo azteca y el salero español engendran al mexicano que alardea de despilfarrado, que suelta el hilo de esa virtud necesarísima que se llama economía, y que se exhibe ante la civilización del mundo en toda su idiosincracia, gastando en un día el haber de un mes. Y para que este tipo moral tenga estéticamente el traje que corresponde a esta falta de sentido práctico, se presenta casi en paños menores y con sombrero bordado de oro.

Para resolver el problema de que restando cuatro de cinco sobra sólo uno, que no alcanza, recurre a la luminosa idea de encomendarse a María Santísima de Guadalupe, quien nose digna, por supuesto, introducir desorden alguno en la verdad matemática, por mucha que sea la necesidad del demandante. Y de esta falta de aritmética y de esta indiferencia de la Virgen en el asunto, y de esta falta de lógica y de la necesidad que apremia, nace el engendro más ignominioso de las edades, que en la forma de un pulpo colosal, pero invisible, ha clavado ya todos sus tentáculos, en forma de bombas absorbentes, en los ciimientos de nuestra enferma sociedad, que pierde los glóbulos rojos de su sangre con las caricias de la letrina, y el patrimonio de la prole, y la

paz doméstica, y el derecho a la prosperidad, porque todos estos bienes, en la forma de un tanto por ciento, los destina voluntariamente a la nutrición y engrandecimiento del pulpo que acabará por devorarla.

El pulpo monstruoso se ha arrastrado hasta los bordes de la arca nacional, husmeando los treinta millones de pesos que no puede agotar de un sorbo.

Multiplica sus tentáculos prodigiosamente de manera de clavar uno en cada familia. Y no haya esperanza de que suelte, porque todo el mundo conoce el poder fatal, persistente y destructor de esas ventosas. Escupe la primera gota de su propia sangre (para que pegue la ventosa) en la forma de cincuenta pesos, y ya una vez adherido el tentáculo, queda establecida para siempre una corriente continua, que, saliendo del tesoro nacional, en forma de quincena, y pasando por fórmula y por unos cuantos minutos, en forma de tormento, a las manos del empleado, sigue su curso natural por el tentáculo hasta el gigantesco vientre del pulpo que jamás revienta de repleto.

Este monstruo no se compone exclusivamente del elemento conocido con el nombre de *agiotista*: su poder consiste precisamente en la diversidad de sus órganos. Examinémosle.

Entra primero el grupo de los prestamistas de profesión, de aquéllos a quienes la suerte ha favorecido con un capital, esquivo a toda empresa de utilidad general. Esos buenos señores son los naufragos de la miseria pública, salvados en una tabla, sobre la cual flotan sonriendo con una sonrisa biliosa. Han tenido que sacarse las entrañas y arrojarlas al mar de la tribulación, para deshacerse de ese lastre inútil y flotar mejor. Pero les ha quedado el zurrón intacto, relleno de pagarés saturados de jabón arsenical, como la paja de los pájaros disecados. Llevan una ley en la mano y unos cuantos tinterillos y empleados de juzgado en los bolsillos del chaleco, y vogan, vogan generalmente con viento bonancible.

Este grupo forma parte del cerebro del pulpo.

Sigue otro grupo numeroso y alegre como Manolito Gasquez, importado de la península ibérica para hacer fortuna en Indias. Esta es una familia perezosa pero astuta como las arañas:

tiene sus hilos detrás de un mostrador y aguarda las moscas. Estas caen en forma de rebozos, enaguas, frazadas, pistolas, sillas de montar, bandolones, relojes y alhajas antiguas. La araña española almacena las tres cuartas partes del equipo de la gente menesterosa de la capital, cuyo modo de vivir es y ha sido siempre adquirir para empeñar y empeñar para adquirir. Empeñar es en lo general para esa gente, no una emergencia, sino una costumbre inveterada, costumbre que forma un ramo de especulación en México en que se versan algunos millones de prendas de poco valor nominal, pero que representan el hambre, la miseria, el despilfarro, el vicio, el trabajo y el sudor del pueblo desvalido, de cuyos extraños ingredientes se escurre un 12 por 100 en metálico para el vientre del pulpo. Y las arañas engordan enseñando sus mofletes entre el abigarrado conjunto de bandolones y baquerillos, catres de fierro y baratijas del empeño, durante catorce horas diariamente, hasta en días festivos, con la constancia y la paciencia del insecto cazador de moscas.

Con sólo estos dos grupos el pulpo ha logrado clavar dos haces complicados de tentáculos: uno desde la cámara de diputados y todas las oficinas de la nación, viviendas de casas de vecindad, y otro que parte del Colegio de Niñas y calles del Coliseo y serpentea por los barrios de los cuatro vientos.

El pulpo tiene todavía más tentáculos clavados sobre esta sociedad, que se estenua y lucha con el monstruo del agio para vivir, dejándose chupar la sangre en cambio del pan de cada día. Entra aquí el Nacional Monte de Piedad. Este haz de tentáculos tiene sus pretensiones en diverso sentido. El agiotista suele decirse, *in peto*: robo, pero robo con la ley en la mano. El Monte dice: socorro en nombre de la filantropía, antes me llamaba Sacro y Nacional Monte de Piedad de Animas. Es cierto que también cojo moscas como los empeñeros; pero no las lastimo, ni las mato, ni me las como. Además, les guardo sus coches y sus pianos y sus brillantes a los ricos, y soy, por más de un motivo, filántropo, caritativo, benéfico y casi respetable. De manera que estos tentáculos del pulpo que se han ensanchado desde el Empedradillo hasta San Hipólito y

San Pedro y San Pablo, merecerán cuando más el calificativo de *tentáculos decentes* que no chupan con tanta tosquedad como otros, pero chupan su tanto por ciento sobre el insuficiente haber individual, que, a pesar de ser insuficiente, ceba y mantiene al pulpo.

Este animal insaciable, no contento con clavar tres haces de tentáculos que envuelven ya casi por completo a la masa menesterosa, tiende todavía otras ventosas en forma de loterías de billetes y de loterías de cartones; y finalmente las últimas en forma de ruletas y de partidas de albures.

Pero agiotistas, empeñeros, loterías, Monte de Piedad y albures, son cosas todas que satisfacen esta exigencia: adquirir dinero por caminos que no sean la remuneración legítima del trabajo o el rédito legítimo del propio patrimonio. ¿A qué precio? Al precio de una parte de la remuneración legítima del trabajo, o de una parte del rédito legítimo del propio capital.

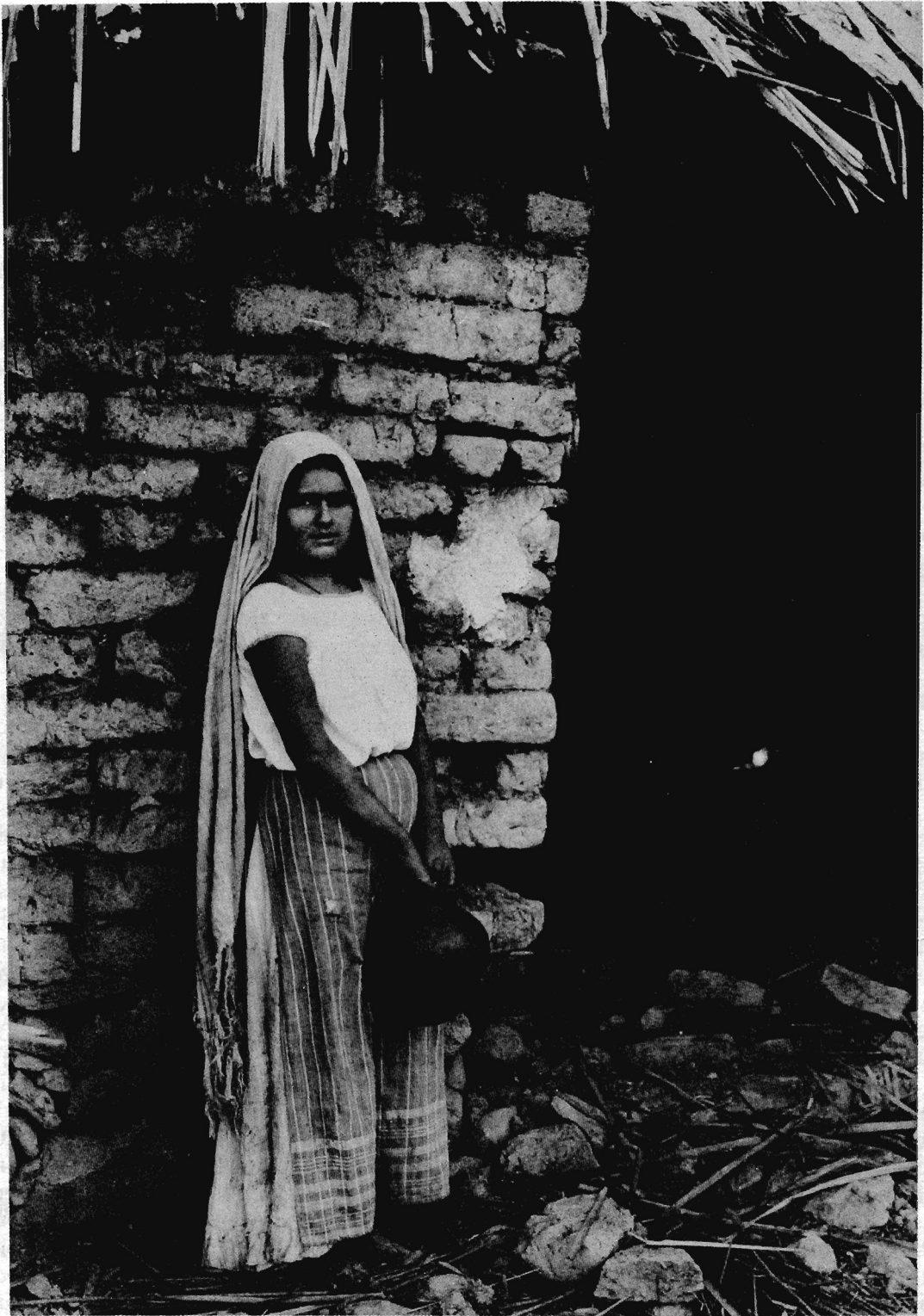
Estas instituciones, o estas cosas, como las hemos llamado, gozan de una prosperidad, un auge y una preponderancia que no pueden ocultarse. Esta prosperidad está naturalmente en razón directa de la disminución del haber personal; de manera que el capital acumulado por la usura, en todas y cada una de sus anteriores formas, está compuesto del desmoronamiento y la ruina del capital privado; y el capital privado, por una de esas anomalías irremediables que dependen de la organización social y de la educación de las masas, recurre al ilógico arbitrio de dilapidarse en aras de la usura, por vía de remedio de su insuficiencia.

Por medio de un cálculo matemático muy sencillo, y en virtud de las proporciones que en México ha llegado a tomar el pulpo de la usura, se puede asegurar que el destino del capital privado es parar en manos del agio; que a medida que éste se engrandezca la masa social menesterosa irá caminando a la miseria; que el trabajo asalariado irá siendo cada día más insuficiente para proporcionar el bienestar a las familias de las clases media e ínfima; que los recursos engañosos y funestos a que la imaginación calenturienta de los necesitados recurre, como son la lotería y el juego, tendrán más y más prosélitos, pasando de una a otra pendiente más resbaladiza, hasta des-

aparecer en la miseria, dejando como herencia una prole raquítica, enfermiza, descuidada; nutrida en la desolación de un hogar entristecido por las calamidades domésticas con el hambre, las necesidades, la usura, la lotería, el juego y hasta la embriaguez por escuela y por ejemplo. Y a esta prole habrá de entregársele la herencia patria, la nave del Estado, la instrucción pública, la administración, el porvenir de México.

El monstruoso pulpo, no obstante su misión destructora, no es por eso responsable de la situación, como no es responsable el puñal del homicidio que se perpetra. El pulpo marino habita en el fondo del mar, porque ese es su elemento: el pulpo de la usura nace también en el mar de la disolución social, porque ese es su elemento. Cuando una sociedad bien educada discurre y economiza, el pulpo de la usura se enflaquece y muere de inanición. Entonces el haber privado puede llegar a capital por medio de la economía, y tiende a aumentarse por sí mismo, apropiándose el ahorro como fomento, y el premio del monto por el valor del tiempo. Así del trabajo salen el precio de la vida y el ahorro; con el precio de la vida, la necesidad satisfecha, la conciencia tranquila, la aptitud dispuesta y la aspiración creciente: con el ahorro, la progresión creciente del capital que se forma.

Pero cuando una sociedad, como la nuestra, está educada en el despilfarro y el mal ejemplo; cuando se hace alarde de que el carácter nacional tiene como perfil distintivo la disipación; cuando ni el buen ejemplo de los extranjeros que se enriquecen en México nos induce a reflexionar en las ventajas de la economía; cuando cada padre de familia, lejos de inculcar en la prole esta inapreciable virtud que nunca ha tenido, enseña a sus hijos a derrochar una hacienda, cuyo valor nunca comprenden; cuando los pasos que se le hacen dar al niño en su primera educación, son ponerle en la mano una moneda para que la gaste, y formar de este obsequio, tan candorosamente paternal como trascendentalmente funesto, primero, una costumbre, y luego una necesidad; cuando los mexicanos, en fin, hemos venido así al mundo, de generación en generación, ¿qué mucho que se críe en medio de esta sociedad desquiciada y hambrienta, el pulpo de la usura en



tan gigantescas proporciones? Y decimos en tan gigantescas proporciones, porque no hay una sola ciudad en el mundo que, en proporción al número de sus habitantes, mantenga y reproduzca un número siquiera parecido al de las transacciones diarias de usura que se verifican en esta capital.

Así como no anatematizamos el monstruoso pulpo, porque sea un engendro del despilfarro, ni nominalmente al agiotista, que hace dimisión voluntaria de todo sentimiento noble y de toda piedad, puesto que tal sacrificio es la tonsura de su profesión, de la misma manera no condenamos de una manera absoluta el recurso de la usura, en términos hábiles y siempre que entren en la combinación financiera los términos equivalentes de una verdadera compensación; y por términos equivalentes entendemos el valor del tiempo; pero esto como emergencia y no como sistema.

Todo individuo, cabeza de familia, que pone el pie en la pendiente resbaladiza de la usura, debe comprender que, tomado por uno de los tentáculos del pulpo, habrá de ser suyo para siempre a menos que un milagro lo salve.

No está ciertamente el bienestar social en la capital en proporción de la riqueza pública. Esta brilla en las manos de un grupo que se forma de los ricos independientes y del pulpo. El resto es de víctimas, y como éstas están en mayoría considerable, imprimen a nuestro comercio y a nuestras diversiones un tipo especial, y que se explica, así para los pedidos a Europa para la importación, como para la venta, en estas palabras: "malo pero barato". Esta tendencia explica el gran expendio de los géneros de a real y la concurrencia a los títeres y a las tandas; explica la ausencia de los guantes, las apariencias engañosas de tantas familias vestidas a la europea, en el Zócalo, y saliendo de dismanteladas y miserables habitaciones; y esto explica también el prematuro acabamiento de los individuos, esa vejez temprana que se desploma sobre los padres de familia, ese raquitismo de la prole menuda, esa clorosis que se difunde en el sexo débil, desde sus tiernos años, ese exíguo desarrollo físico de nuestra juventud, que se atrofia, se *enaniza* y se hace más diminuta y enclenque cada día.

Esta es la obra del pulpo, que relame el borde de la cazuela en que come el pobre y amengua la ración; que sisa en la cocina de los empleados la buena carne, la leche, el vino y todos los alimentos caros; que recorta, desmenuza y hace ilusorias las quincenas; que engendra ese mal-estar interminable que busca solaz en la cantina y en el garito; que divide y aísla a las familias y rompe todos los lazos de la sociabilidad; que enerva las fuerzas vitales, con detrimento del vigor mental, y que hace de cada individuo, cogido por un tentáculo, un Sísifo social que lucha con una imposibilidad, o un misántropo que arrastra una vida que le pesa y soporta responsabilidades que no puede cubrir y deberes que no puede llenar. El padre de familia que pertenece a esta masa de víctimas, aparece en los espectáculos gratis y en las diversiones baratas, echando una mirada triste y elocuente a las plumas de avestrúz con que engalana a su familia, llevando las cifras del tanto por ciento entre las cejas y una sonrisa plástica en los labios. Va allí —dice él— por *las pobres criaturas*, cuya clorosis se realza con el polvo de arroz y el gorro francés.

Y el pulpo sigue chupando, con la tendencia manifiesta de acabar con el capital privado.

Pero la sociedad tiene todavía un recurso heroico para luchar con el monstruo.

Reformar radicalmente la educación, en el sentido de inculcar en los niños desde su primera edad la noción, el sentimiento y el hábito de la más estricta economía doméstica, para establecer como tipo del carácter:

- 1o. El conocimiento del valor del tiempo.
- 2o. El conocimiento del valor del trabajo.
- 3o. El conocimiento del valor del dinero.

Así vendrá naturalmente el niño, sin esfuerzo, a practicar la economía y a conocer que la economía es:

- 1o. El camino de la riqueza.
- 2o. El camino de la independencia individual.

Y la independencia individual que se conquista con el trabajo, con el tiempo y con el ahorro, constituye la dignidad personal, la aptitud per-